

# SANGRE SOLA

## Saúl Iburgoyen

**El** hombre, desnudo y sangrante como un animal cualquiera que el cazador desprecia, lento se hundía entre la hojarasca de aquella arboleda de encinas, eucaliptos y jacarandas, a más de un pasto que las hormigas rojas transitaban y de arbustos bajos como esferas de sombra. La semi penumbra de ese día del viejo otoño no nos deja percibir las huellas o señales o marcas, como un rumbo tejido con la misma sangre, entre la cercana casa de paredes blancas y los lindes del reducido bosque.

Si bien se sabe que no todo hecho posee un destino, sabemos sí que una cadena de eventos se produce fatalmente porque solo sucede lo que puede suceder. El hombre, lo suponemos, habría pensado o intuido que caería en aquel sitio solitario, refugio para el dolor, pero no para la muerte. Digamos que el hombre se llamaba Aparicio, sin apellido visible, un trabajador del campo, un capataz de pequeña hacienda que se hacía presente en los escasos convivios que se daban en la zona agropecuaria de Tacuabé, próxima a la estación de ferrocarril. Los encuentros se producían en la pulpería de don Segundo Paiva, como un centro social, con la participación de vecinos de confianza y gente que solo pasaba por ahí. Pingües asados de carne roja nutrían las parrillas, a más de chorizos espesos y morcillas de negra textura. Las entrañas también dorándose a la vista, bajo sabiamente controlados fuegos a la leña. Se bebía con una contenida intensidad: vinos de producción regional que el dueño de la pulpería importaba del pueblo más próximo.

Y fue ahí que el por nosotros bautizado Aparicio vio por vez inicial a Mariana Ponce o Pouso, esposa legal de Casimiro Rodrigo o Rodríguez, según los registros de la parroquia del pueblo, que recién ahora mencionamos. La pareja ni siquiera pensaba en divinidades mayores o menores; eran ambos invulnerables, y lo fueron cuando la boda a los reclamos llegados de lo alto. Solo veían las coyunturas de la necesidad, sin preocuparse por los reinos de la libertad. Son datos tal vez irrelevantes, porque tenemos a un hombre que sangra por pérdida brutal de un testículo.

Pero es oportuno anotar el motivo de esa herida, porque además el que no sufre, no ama. Eso dicen, y uno solo escucha las tales leyes del habla, que se modifican aseguén la revuelta imaginación del pópulo minuto las ejerce y que ciertos cronistas recogen a riesgo de populismo literario. Pero regresemos al sitio que Aparicio buscó para caer, o

que la propia inercia de su estado le indujo. También recordaremos el aspecto externo de Mariana Ponce o Pouso, o sea, los imanes hormonales que atrajeron a Aparicio. Este, en pureza de verdad, hacía tiempo – digamos un año– que llevaba en los ojos de adentro la acendrada imagen o representación de la mujer, aún joven, algo maciza y de estatura media, cabellos semi cortos o semi largos, rostro redondeado de niña madura en su mester de sirvientería (esto último debido a su relación ancilar con Casimiro).

“Putá que está bien nalgoná, lo pior es que la vi un tris de ocasiones, nada más, y me calentó completito como para siempre...”, con lo cual logró, sin conciencia de ello, establecer la unidad de la humanoide carne y esa humareda interna denominada espíritu. Y la sangre se iba de él ocultándose entre las hojas que la penumbra borraba con el girar de astros y planetas. Ah, ¡por qué no comprendemos el engranaje de la tactable realidad y sus sutiles estructuras!

Pongamos ahora los encuentros de Aparicio con Mariana en presente histórico, para facilitar esta crónica que dejamos asentada por mero capricho testimonial. O sea, sobre el mediodía de este sol dominical entró Aparicio, con sus ropas mejoradas a jabón de industria casera y plancha y prolijidades de plancha de fierro rellena de carbones ardientes. Algo de perfume se percibe, otorgado por dos flores rojas (perfumadas a su vez con agua de colonia “barateira”, adquirida en la no lejana frontera con el Imperio Brasileño). En fin, un macho de no poca estatura que solía pasar por el burdel de doña María Rita cada quince días, el que está pegado sin competencia a la estación de trenes.

Vemos que los mirares de Mariana Ponce o Pousa y el capataz se enredan rápidamente, tal una confirmación de lo soñado por ella, quien conocía la existencia de Aparicio tras verlo una sola vez cuando la doma de ganado bravo en la hacienda “Tierra grande”, donde Casimiro trabaja. Nos parece que los tempos verbales se complican, pero así es esto del narrar, soñar y mentir, pues quien cuenta miente al querer transformar cada evento, como si fuera un dios creando seres y cosas con un barro ilusorio.

Aparicio se acerca a Mariana, le habla con correcta enunciación aportuguesada, en un tono con disminuendos que escapan a las orejas sociales de las y los personajas y personajes que manducan y beben en la taberna o pulpería. El dueño quizás algo está pescando del diálogo que se

establece, ya que menea la calva cabeza en significativa e imperceptible desaprobación, más por celos que cuestiones de moralidad, pensamos.

Como cronistas indiscretos, esto escuchamos y reproducimos: cuando se alzan los vasos cual cráteras de vino rebosante, para el brindis por altas cosechas y fecundos nacimientos de bovinos y ovejas, él dice:

—Eu quero te coñecer melior. Tú tenme que informar cuando poso pasar pela tua casa, sem marido y béinsoziña, pensó que sería ótimo pela tardesiña, con o teu marido saia para o povo...

Ella, ahora sin ver hacia ninguna parte, mas cuidando la proximidad de don Segundo Paiva, riposta de yeito o maña similar:

—Ta béin, pode ser daquí tres días, como a las tres de la tarde. Eu vodexar os perros asegurados nacadeia, tú téin que entrar na casa por la porta del fondo, que casi nao usamos. Casimiro vaivoltar a boca de noite, cuando cumenza a oscurana. ¿Ta?

Vemos asimismo la alegría sexual de Aparicio bajo la piel de un rostro quemado por los vientos solares del extendido campo de Tacuabé, solamente nosotros, que vemos y escribimos para dar testimonio y continuar respirando.

Y así ocurre lo elaborado por la súbita pareja. Aparicio arriba a la hora señalada, rumbeando de pata en el suelo y a campo traviesa para eludir el sendero o vereda de tierra colorada, vía de carretas, ganados y gente de a caballo.

No se describen los datos de un vero choque erótico, digno de Ovidio o de las 64 artes del amor que antiguas literaturas nos enseñan. Ambos dos se sorprendieron de sus energías genésicas, de la limpidez de fluidos y sudores, del golpeteo corazónil en cada culminación.

—Aparicio, resulta que somos outros, y si somos outros, ¿qué da prafazer?

—Eu penso que nada, as aguas deben correr pela sua conta...

La penumbra exterior quiere entrar por la única ventana de la recámara, se siente la presión contra los vidrios y las cortinas, un anuncio de frío y el frío suele ser mensajero de la soledad.

—Eu acho melior voltar outro día, isa escuridad... nao gosto, ¿y tú?

—Dacordo, depois arrumamos pra encontrarnos de novo.

—¿Y cómo vai ser iso?

—Pasa en dos días frente a la casa, sin acercarte, béin tempranito y si ves un paño rojo colgado en el arbolito del jardín, entonces puedes venir como a la hora de hoy.

—¿Qué jardín? Si isoes un entrevero de plantas, nomás...

—¿Por qué falas así? Las plantas son mías, y las flores tanbéin.

—Ta, me disculpa...

Aparicio se alza de los olores de la cama, toma sus calzones y el pantalón e inicia el ritual de vestirse, no sin un tenue desasosiego que le hace mirar hacia la ventana, una pupila cuadrada de párpado de telas vulgares. Inclinado está en esa tarea, cuando se abre la puerta y entra Casimiro, con una brillante faca en la derecha mano y un cuchillo breve, un finyingo complementario. Es decir, preparado como gladiador implacable. De seguro viene advertido por don Segundo Paiva, persona de olfato perruno para todo trance y coyuntura.

Aparicio apenas logra saltar sobre la cama y apoyándose en ella, aparta a Casimiro, volteándolo sobre sucias alfombras, pero el señor de la casa es veloz y certero. El amante o amador, herido hasta el fondo en carne y ánima, vemos que escapa de la casa para, a tropezón y quejido, alcanzar la hojarasca del monte donde lo vimos por primera vez. Aparicio no escucha el griterío ni los llantos sonoros emitidos por Mariana y Casimiro. Y está dejando de escuchar los llamamientos de la realidad, el tejido imperfecto que se da al cruzarse los ruidos y tonos y timbres de lo meramente humano con los acontecimientos audibles de lo que llamamos torpemente el mundo.

Aparicio permanece entre tantos residuos vegetales, quiere hundirse más, desaparecer, no haber existido nunca. Toca con temblantes dedos los pellejos restantes de su bolsa viril, y cree percibir débiles espesuras de semen sometidas al discurrir inevitable de la sangre. ☒

---

**Saúl Ibagoyen** (Montevideo, 1930-2019). Escritor y editor uruguayo-mexicano. Fue presidente de la Asociación de Escritores de Uruguay y miembro de la Academia Nacional de Letras del Uruguay. Autor de una vasta obra literaria, recogida en la antología titulada *El poeta y yo*. Poemas y cuentos suyos han sido traducidos a 13 idiomas. Con el poeta argentino Jorge Boccanera, publicó tres antologías de poesía latinoamericana. En 2002 recibió en México el Premio Nacional de Poesía “Carlos Pellicer” y en 2004 el Nacional XXXIV Juegos Florales de San Juan del Río. Fue subdirector de la revista *Plural* en su segunda época y editor de la *Revista Mexicana de Literatura Contemporánea*. Fue miembro fundador del Concepto Editorial de *Archipiélago*. En homenaje a este querido amigo y colaborador de este proyecto publicamos póstumamente este cuento suyo, permeado por su cercanía con la frontera de su patria de origen con Brasil.